

Once años de una casa llena de amor

La construcción de una sociedad debe estar basada en el respeto, el amor y la solidaridad que se brinda a todos los integrantes de ésta. Lamentablemente en Colombia y en el departamento de Boyacá, vivimos una realidad adversa, en la que las mujeres y los niños siguen siendo víctimas de continuos abusos de toda índole. Por otra parte la ignorancia y la brutalidad siguen aquejando a la población LGBTI y que luchan de la mano con las mujeres para hacer respetar sus derechos.

Pensando en este y muchos otros problemas en 2003 y por iniciativa de la II Asamblea departamental de mujeres, se funda la Casa de la mujer, un espacio que huele a amor, respeto, ayuda, diversidad y comprensión; pero que también se mezcla con maltrato, decepción, lágrimas y rechazo social.

El barrio Maldonado de la ciudad de Tunja es uno de los más antiguos, cerca de este, varios establecimientos comerciales: tiendas, supermercados, centros que ofrecen servicios de salud, un jardín infantil y hasta el centro de atención de un grupo de mariachis integran la variada oferta comercial del sector. Pero es aquí donde enmarcada en un jardín lleno de flores de color rojo y amarillo, está ubicada la casa de la mujer.

En la puerta, un grande cartel informa los horarios de atención, los servicios que ofrecen de manera gratuita y de forma clara indica: *“No importa si eres hombre, mujer, niño, niña, gay, lesbiana, transgenerista o bisexual, siempre serás bienvenido.”*



Ya dentro, imágenes impactantes con mensajes que tocan hasta al más indolente, cuelgan en orden de la pared amarilla y los sentimientos empiezan surgir: no más violencia contra la mujer, respeto, dignidad. Se enmarcan en fotografías de mujeres violentadas y niños que en sus ojos reflejan la tristeza de sus tragedias.

En el salón principal, niños con edades entre los cero y cinco años, comparten risas y lágrimas entre sí, mientras esperan ser evaluados por los psicólogos o médicos practicantes de la UPTC. *“en el jardín donde estudio piden un papel que diga que estoy bien de salud y que tengo buen peso, por eso venimos acá”* comenta mientras comparte un carro de juguete color café con otros niños que vienen a lo mismo Juan David de 6 años; de pronto se acerca a su mamá, una mujer de estatura baja, de piel morena, en los ojos grandes la preocupación es visible cuando dice: *“listo hijo ya nos dieron el papel, ahora vámonos que sus hermanas están solas”*.

Entre tanto, padres y madres comparten experiencias personales y hablan de derechos, deberes, problemas que los aquejan y agradecen por los servicios de la casa. Otras personas casi siempre mujeres, van a hacer denuncias de agresiones, a buscar ayuda psicológica o médica, a comentar sus situaciones personales y en general a que les den un consejo.

María es joven, tiene veinte años, dos hijos, es delgada, de estatura baja y se le ve muy triste; vive en unión libre desde hace cuatro años, su compañero sentimental es diez años mayor que ella, decide visitar la casa de la mujer porque la dueña del apartamento donde ella trabaja como empleada la aconseja, *“mi patrona se dió cuenta hace una semana, llegué tarde y llorando, ella no me dejó trabajar hasta que no le contara lo que pasó... Casi no soy capaz, la vergüenza no me dejaba, pero necesitaba desahogarme con alguien”* comenta mientras se sienta, cruza la pierna, sus manos sudorosas se cierran y la mirada se convierte en llanto, respira y dice: *“mi esposo esa noche llegó otra vez borracho, eran como las once de la noche, yo ya estaba durmiendo, me sacó de la cama, me agarró del cabello, me botó al piso y empezó a darme patadas, gritaba que dónde estaba la comida, que le trajera los niños que quería hablar con ellos, yo le decía que me dejara parar para calentarle la comida y que a los niños los dejara dormir, él no me hizo caso, solo me pegó en la cara, la espalda, los pies y hasta que no me vió llena de sangre la cara no me soltó, después solo se cambió y se fue a dormir”* recuerda María, quien espera para ser atendida, pasar a valoración médica, luego asesorarse legalmente para emprender un proceso de separación.

De pronto alguna voz grita: “siguiente” se puede tratar de Marlon, Alejandro o alguno de los integrantes del grupo de voluntarios que cada tarde colaboran con las actividades que se desarrollan en la casa. Es momento para que quien tenga la ficha que corresponde, pase al

consultorio sea evaluado y reciba el certificado. “*Pueden ser veinte o más por día*” confirma Alejandro La Rotta un joven perteneciente a la comunidad LGBTI y quien colabora desde hace más de cuatro años con la casa de la mujer.

Las expresiones artísticas de mujeres y niños, se demuestran en el patio de pintura que está lleno de grafitis y murales que realizan con sus manos. En el que se permite dejar volar la imaginación, al lado de este, una huerta casera en construcción espera ser llena de vida pronto, con ayuda de un taller de horticultura que se está organizando.



Toda casa necesita una persona que se encargue de ella, que sea la organizadora, que lleve las riendas de la misma y que guíe las personas que habitan allí. En este caso es Astrid Castellanos, más conocida como “*mamá Astrid*”, es psicóloga, profesora universitaria, directora y defensora de la casa. Ella misma acepta: “*este es un espacio que se ha defendido con dientes y uñas*”.

Se caracteriza por una bella sonrisa, su voz aguda muy expresiva y llena de amor, los ojos grandes desde los cuales envía luz cada vez que los abre para dar una expresión o los cierra para pensar qué decir o cómo actuar. El cabello grisáceo demuestra los años de entrega a su profesión, a la formación de futuros profesionales de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia y la casa de la mujer. Cada palabra que sale de su boca es una mezcla de ternura con enseñanza, de felicidad con tristeza, de amor con odio y al estar homogenizadas solo invitan a la reconciliación.

Las expresiones de afecto en su mirada cambian y la molestia es evidente cuando se le pregunta por los casos de violencia contra mujeres que recibe semanalmente en su despacho: *“Boyacá ocupa el 4 lugar a nivel nacional en violencia contra la mujer y se ha llegado a tener el campeonato. En Colombia todavía ocupar ese lugar es muy vergonzoso. En Tunja se han tenido las cifras más altas”*.

Baja la mirada, toma un suspiro y retoma con fuerza: *“en el 2014 fueron 5 feminicidios en Boyacá, en 2013 fueron 4, tenemos un alto índice de suicidios de mujeres. Las problemáticas sociales son graves”*.

Efectivamente, los casos de violencia contra la mujer en el departamento son una gran preocupación; según la última encuesta nacional de demografía y salud realizada en el departamento de Boyacá por PROFAMILIA, la realidad es la siguiente: *el 73 por ciento de las mujeres sufre algún tipo de control por parte de su esposo o compañero y el 34 por ciento es víctima de violencia verbal. El 45 por ciento de las mujeres de Boyacá sufre algún tipo de violencia física por parte de su pareja, este porcentaje es uno de los más altos del país. Las agresiones más comunes son: empujones, golpes con la mano y patadas*.

Mamá Astrid sufre con cada nuevo caso de maltrato y no sabe que es peor; si la visita de una mujer maltratada, un nuevo episodio de abuso sexual a menores de edad o los embarazos adolescentes que van en crecimiento. A pesar que la ley es clara, según ella muchas veces los organismos de control se quedan cortos y no realizan las acciones de judicialización a los victimarios como debe ser: *“el embarazo adolescente, es uno de los tipos de violencias más graves que hay sobre los niños y niñas. Una niña menor de 14 años así “consciente” una relación sexual, se considera violación de un menor y eso es un delito. La legislación colombiana como en muchas partes del mundo es muy clara con eso. Aunque desgraciadamente institucionalmente no hay la respuesta suficiente. Se supone que una niña de menos de 14 años no debe tener un hijo, el riesgo para su vida es muy grande y fuera de eso asumir una maternidad a tan corta edad pues no genera un futuro ni para la madre ni para la hija. Es una puerta muy grande a la pobreza y a la descomposición social”*.

No solo de eso habla la doctora, más allá de cifras y números le preocupan otros problemas sociales: violencia infantil en los hogares, falencias en la educación sexual, matoneo estudiantil, discriminación por el género, las carencias económicas que atraviesan diariamente las miles de madres cabezas de hogar y varios problemas más, que hacen de su rostro una expresiva imagen de rabia, tristeza y decepción.

De nuevo toma un cambio de actitud y decide hablar de las cosas buenas, de los avances que en estos 11 años de funcionamiento ha tenido la casa de la mujer. Uno de esos es la política pública de diversidad sexual que acepta y legitima los derechos de la comunidad LGBTI en Tunja: *“Boyacá es un departamento muy conservador desde su concepción política y social, “godo” diría yo, muy atrasado y muy permeado por las religiones. La homosexualidad es*

un tema de toda la vida, a pesar de nuestra sociedad Boyacense tan mojigata, tan conservadora, Tunja es la cuarta ciudad en el país que tiene política pública para diversidad sexual”.

Este pensamiento lo confirma Alejandro La Rotta estudiante de administración turística y hotelera, integrante del grupo “Todaos Boyacá” que es el movimiento social de diversidad sexual en el departamento: *“la política pública es educación sexual desde el enfoque de la diversidad, aceptar la población diversa en el departamento y generar estrategias de respeto y tolerancia”.*

Dentro de la casa una oficina es para el grupo Todaos Boyacá: los carteles de diversidad sexual, las flores y mariposas pintadas con vinilo, las cartillas informativas, una gaceta con las fechas importantes como el día en contra de la homofobia o el día de la diversidad sexual y la bandera gay con los colores del arco iris, transmiten la confianza a los más de 16 integrantes oficiales del grupo, quienes se reúnen semanalmente y reciben con aprecio a personas que como ellos, necesitan un consejo, ayuda psicológica, apoyo moral o simplemente información del grupo.

La casa de la mujer en sus 11 años de existencia ha marcado la diferencia, ha construido un cambio social enorme, pero los esfuerzos muchas veces no son suficientes. Es difícil comprender como a pesar de los programas sociales inclusivos que allí se desarrollan, muchas veces no dan los resultados esperados. No basta con la entrega de Mamá Astrid, el compromiso de los practicantes, el esfuerzo de Alejandro y los demás integrantes de Todaos Boyacá o los ejemplos de vida de las mujeres que se atreven a denunciar a sus agresores.

El compromiso debe ser de una sociedad entera, en la que hombres y mujeres sin importar su género o su inclinación sexual opten por el respeto, el amor y la educación como estrategia para una convivencia mas integra. Mientras tanto, de lunes a viernes en el barrio Maldonado de nuestra bella Tunja, psicólogos, doctores, abogados, voluntarios o simplemente Astrid Castellanos esperan con los brazos abiertos en la casa de la mujer a quienes necesiten apoyo.

Algunos nombres cambiados por solicitud de las fuentes.

Rusbell Andrés Muñoz

